

El historiador italiano Emilio Gentile, profesor de Historia contemporánea en la Universidad La Sapienza de Roma,<sup>1</sup> escribió en 2016 un librito titulado *In democrazia il popolo è sempre sovrano* (Ed. Laterza, colección Idòla)

Traduzco un capítulo de esa obra:

### **¿Es el pueblo soberano un ídolo?<sup>2</sup>**

*En este punto de nuestra conversación, propongo dejar las noticias para volver a tus reflexiones sobre el pueblo soberano, porque me parece que tu tesis, según la cual el pueblo no siempre es soberano en democracia, no se refiere solo a las democracias actuales. Pero estoy tentado de hacerte una pregunta provocativa. De hecho, mejor que no. Sé que odias las preguntas provocativas. Te escuché decir que la provocación es la originalidad de lo insípido.*

Quando discuto, respeto a mi interlocutor. Escucho seriamente lo que dice, considerándolo como la expresión de su pensamiento y sus convicciones. Y espero que él haga lo mismo, conversando con argumentos racionales y hechos reales. Si se aparta de ello, con una salida engañosa o polémica, solo por el gusto de provocar alguna reacción animada, entonces no sólo disminuye su respeto por el interlocutor, sino que revela la futilidad propia del provocador. No me gustaría descubrir ahora que incluso el Genio del Libro es insípido.

*Quédate tranquilo: no quiero provocarte. Por el contrario, te digo que el título que le diste a nuestro libro me parece bastante provocativo. Por otra parte, teniendo en cuenta que el libro se publicará en la serie que se titula *Ídolos*, tengo que preguntarte si esto significa que el pueblo soberano es una especie de ídolo, que podemos añadir a los *idola fori*, *idola tribus*, o *idola teatro* de Francisco Bacon.*

Te respondo de inmediato: sí, creo que el pueblo soberano es un ídolo.

*¿Quiere decir que el pueblo soberano no existe como pueblo real?*

Eso es correcto. Hay gobernantes y políticos que hablan y trabajan en nombre del pueblo soberano, pero el pueblo soberano no existe. Además, en nuestras conversaciones previas, ya hemos visto muchos ejemplos que lo confirman.

*Creo que quieres bromear. O que estás exagerando. Comenzaste declarando falso que en la democracia el pueblo siempre sea soberano, y ahora incluso llegas a negar la existencia del pueblo soberano. ¿Cómo puedes decir que no existe el pueblo, esto es el titular de la soberanía, que está en el origen de todos los poderes en una democracia?*

Quiero decir que el pueblo soberano no existe como una entidad corporal físicamente viva y visible. Déjame explicarte con algunos ejemplos.

Durante miles de años se ha dicho que la soberanía pertenecía al monarca por investidura divina. El rey era, literalmente, la corporización de la soberanía, que físicamente se perpetuaba

---

<sup>1</sup> Università degli Studi di Roma "La Sapienza".

<sup>2</sup> Así denominó Francis Bacon (1561-1626), filósofo y canciller inglés, a las nociones falsas y/o preconceptos que nos impiden el conocimiento. Dos son comunes a todos los seres humanos (*idola tribus* e *idola specus*), los otros dos (*idola fori* e *idola theatri*) se originan en el lenguaje y en las falsas doctrinas.

a través de sus descendientes. El rey encarnó y ejerció el poder de la soberanía en tanto persona real, viva y visible, incluso si era intangible porque era sagrado.

Como encarnación de la soberanía, el rey nunca muere - dijo el gran historiador Ernst Kantorowicz - porque cuando muere el rey perece el cuerpo físico, pero no muere su "cuerpo místico" en el que encarna la realeza por la gracia de Dios: "¡El rey ha muerto, viva el rey!"

Otro ejemplo de la soberanía físicamente corporizada, por así decirlo, es la aristocracia, que gobernaba en repúblicas como Venecia y otras repúblicas de la época medieval y moderna: en este caso, el titular de la soberanía existe físicamente en miembros de la aristocracia, que perpetúan el privilegio de la soberanía en sus descendientes.

La soberanía popular, por otro lado, no puede encarnarse en un cuerpo físico, aunque Rousseau hable metafóricamente del "cuerpo del pueblo". Sin embargo, él mismo no supo encontrar una forma de gobierno capaz de dar un cuerpo político a la voluntad general del pueblo soberano. Rousseau excluyó decididamente a la democracia representativa, en la que pensaba que el pueblo, de hecho, no era para nada soberano. Si "el pueblo delega su soberanía, el pueblo abdica", reiteró en 1850 el demócrata Victor Considerant, porque el pueblo que "no se gobierna a sí mismo, pasa a ser gobernado": "Pueblo, ¡delega tu soberanía! Esto hará que tu soberanía tenga un destino opuesto al de Saturno: será devorada por la delegación, tu hija".

Además, Rousseau considera que la democracia directa es inalcanzable en un Estado populoso con un gran territorio. A pesar de esta visión sensata y realista, la democracia directa es ahora apoyada por los demócratas radicales, que están buscando nuevas herramientas, a partir de las últimas tecnologías, con el fin de realizar la corporización electrónica del pueblo soberano en los usuarios de la Red.

La única experiencia concreta de democracia directa, reconocida por muchas democracias representativas, es el referéndum. Pero cuando este, en vez de una votación sobre cuestiones específicas y particulares, se convierte en una especie de plebiscito sobre un gobierno o jefe de gobierno, el resultado no es para nada democrático, terminando más bien por destruir la democracia, como fue el caso con los dos Napoleón y con Adolfo Hitler.

En conclusión, sigue siendo difícil pensar cómo la soberanía popular puede encarnarse en una persona física, sin transformar el gobierno del pueblo en el gobierno de un monarca o un autócrata.

Una solución sería aplicar el concepto de los "dos cuerpos del rey" al pueblo soberano, identificando el cuerpo físico con la población viva de ciudadanos de un Estado, y su cuerpo místico con la nación, la nueva individualidad colectiva que se perpetúa en el tiempo, más allá de las generaciones transitorias que son parte de ella. Pero nunca ha sucedido que escuchemos, ni probablemente oigamos nunca proclamar, ni siquiera en los Estados más democráticos: "el pueblo está muerto, ¡viva el pueblo!".

El pueblo soberano sigue siendo "el pueblo inencontrable", como lo definió el historiador francés Pierre Rosanvallon. De hecho, no se lo puede identificar con una persona real sin transferir la soberanía a esta persona, transformándola nuevamente en soberanía personal, como en la época del rey por derecho divino, pero sin la unción de Dios. A pesar de que, en la historia de los últimos doscientos años, en Europa y en el resto mundo, los jefes de Estado y de régimen que pretendieron encarnar la voluntad del pueblo, ser el cuerpo vivo del pueblo

soberano, fueron numerosos: desde Napoleón a su sobrino Napoleón III y de Gaulle, de Mussolini a Hitler, desde Stalin a Mao y a Kim Il Sung, hasta Silvio Berlusconi, por nombrar algunos.

*¿Pero se podría identificar simbólicamente al pueblo soberano con el jefe del estado, sin considerarlo como una de sus corporaciones, a la manera de los hombres que acabas de mencionar?*

Podríamos, pero no creo que sea factible porque el jefe de Estado es solo una de las instituciones del gobierno popular soberano. Por ejemplo, lo excluye la Constitución italiana, que declara que el Presidente de la República “representa la unidad nacional”, pero no le atribuye la personificación del pueblo soberano.

En las democracias no presidenciales, el jefe de Estado no puede aspirar a ser considerado la encarnación simbólica del pueblo soberano, ya que no es elegido por el pueblo, como podrían reclamar los jefes de Estado de las repúblicas presidenciales o semi presidenciales. Pero incluso estos casos son fuente de controversia y protestas, a veces animadas, porque quienes no votaron por el presidente en ejercicio se niegan a ver en él la personificación del pueblo soberano al que pertenece incluso el elector de la oposición. El general de Gaulle, jefe de la Francia libre contra la Alemania nazi, fundador y presidente de la V República elegida por el pueblo, sentía la Francia eterna en sí mismo, pero sus adversarios políticos, socialistas y comunistas, lo acusaban sobre todo de ser un dictador fascista.

La corporación de la soberanía popular podría atribuirse a los miembros del parlamento y del gobierno elegidos por el pueblo, pero esto podría ser cuestionado por los gobernantes de las administraciones locales, que son igualmente elegidos por el pueblo soberano.

*La referencia al "cuerpo del pueblo" me lleva a preguntarte por qué dijiste que la teoría de los "dos cuerpos", que se ha aplicado a la soberanía monárquica, no puede aplicarse al pueblo soberano.*

De hecho, tal intento se hizo durante el siglo diecinueve: en la cultura romántica y en el nacionalismo, el pueblo soberano asumió su propio cuerpo místico, como la nación. Como una individualidad colectiva orgánica, con su propia alma, su propio carácter, incluso con su propia identidad de sangre.

Demócratas como Giuseppe Mazzini tenían, es cierto, una visión del pueblo soberano como un cuerpo místico: "El PUEBLO – he ahí nuestro principio: el principio sobre el que debe apoyarse todo el edificio político: el PUEBLO: gran unidad que abarca todo: complejo de todos los derechos, de todos los poderes, de todas las voluntades: árbitro, centro, LEY DE VIDA DEL MUNDO... LAS REVOLUCIONES DEBEN SER HECHAS POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO". Pero el propio Mazzini no encontró en el pueblo real rastros del cuerpo místico del pueblo soberano y apeló a los jóvenes patriotas para despertar al pueblo soberano con su sacrificio.

Una concepción similar tuvo el historiador de la revolución francesa Jules Michelet. En el prefacio de su libro *El pueblo*, publicado en 1846, declaró que quería “afirmar contra todo la personalidad del pueblo”, identificándolo con la nación, que definió como “individualización colectiva”; pero luego él mismo señaló, casi esbozando una teoría de los “dos cuerpos del pueblo soberano”, que “en su concepto más elevado” el pueblo “rara vez se encuentra en el pueblo mismo”. En realidad, no vemos al pueblo, sino a cierta clase, a cierta forma parcial del pueblo, “deformada y efímera”, mientras que el pueblo “existe en su verdad más alta solo en

el hombre de genio, allí está radicada el gran alma [...] Todos se sorprenden al ver que las masas inertes vibran ante su mínima palabra, el rugir del océano se calla ante su voz, el consentimiento popular se inclina a sus pies [...] ¿Por qué sorprenderse? Esa voz es la propia voz del pueblo que, muda, habla con el genio y Dios con él. Es en sus palabras que uno realmente puede decir: '*Vox populi, vox dei*'".

Tales visiones del "cuerpo místico" del pueblo soberano suscitaron vívidas protestas de otros demócratas. El socialista anárquico Pierre-Joseph Proudhon, meditando en el "cuerpo del pueblo", preguntó imperiosamente a los revolucionarios democráticos: "Que se me diga dónde está el pueblo". Alegando admitir que, en un principio, "exista el pueblo, que sea soberano, que se afirme en la conciencia de las masas", añadió el anarquista: pero "hasta ahora nada me demuestra que pueda hacer un acto autónomo de soberanía, que sea posible una revelación externa del Pueblo".

Proudhon se definía a sí mismo como "el hombre menos místico del mundo, el más realista, el más alejado de cualquier fantasía o ilusión", por lo que no compartía con Michelet, al que empero amaba y admiraba, la visión mística del pueblo: "La democracia que afirma la soberanía del Pueblo es como la teología arrodillada ante el sagrado copón: ni una ni otra pueden demostrar el Cristo que adoran ni, aún menos, hacerlo evidente". La democracia suponía que el pueblo soberano "puede ser consultado, que puede responder y que su voluntad puede ser aceptada de una manera auténtica"; pero ¿cómo podría hacerse esta afirmación? Proudhon preguntaba a los demócratas: "¿Dónde y cuándo oíste al Pueblo? ¿A través de qué boca, en qué idioma se expresa? [...] Tienes que aclarar todo, de lo contrario tu respeto por la soberanía del Pueblo será solo un fetichismo absurdo. Tanto vale adorar una piedra".

*Sospecho que fue la lectura de Proudhon la que te llevó a proponer tus reflexiones sobre el pueblo soberano y la democracia en una colección que se llama *Idòla*. Mientras tanto, todavía no has respondido la pregunta sobre si tú también consideras al pueblo soberano como una especie de fetiche de la democracia.*

No fue Proudhon quien me indujo a elegir la colección *Idòla*, ni a creer que el pueblo soberano es un ídolo, una especie de entidad sagrada de la política contemporánea: en efecto, lo considero uno de los ídolos más poderosos de la modernidad. Si no te gusta la palabra "ídolo", usaré la palabra "mito". O podemos definirlo como la "entidad sagrada" de la religión democrática, la principal religión secular contemporánea, teniendo en cuenta que casi todos los Estados, como vimos al principio de nuestra conversación, lo elogian como depositario y fuente de todo poder, similar al Dios de la Biblia, tal es así que casi nadie se atreve hoy a negar públicamente su sacralidad.

*¿Pero cómo? Dices que eres un historiador realista y racional, y ahora te permites recurrir a metáforas religiosas. Si quiere que continúe dando hospitalidad a tus palabras, intenta hacer reflexiones realistas y racionales.*

No te alarmes. Cuando digo que el pueblo soberano es un ídolo, o un mito, o una entidad sagrada, siempre estoy en el reino del realismo histórico. De hecho, precisamente porque razono como historiador, reconozco que el ídolo del pueblo soberano es real, en el sentido de que ha sido y sigue siendo un poderoso propulsor de los movimientos políticos que han cambiado radicalmente el mundo en los últimos doscientos años. Durante más de dos siglos, hasta ahora, el mito de la soberanía popular ha incitado a millones de hombres y mujeres a luchar por lograr la mayor de las empresas humanas: la construcción de una sociedad fundada

en la dignidad, libertad, igualdad civil y política de cada persona, sin discriminación de etnia, raza, nacionalidad, sexo, religión o condición social. Después de todo, si nadie ha sido capaz de demostrar hasta ahora la existencia real de Dios, tampoco nadie puede negar que la creencia en Dios es un hecho real, dado que ha sido y es un poderoso (a veces el más poderoso) de los factores de movimiento y cambio histórico, uno de los más revolucionarios, desde la aparición de las primeras civilizaciones. Y sigue siéndolo para miles de millones de personas en todo el mundo. A su lado está hoy, entre las principales creencias colectivas, la del pueblo soberano, que se ha convertido en una creencia igualmente poderosa como factor de movimientos y cambios históricos revolucionarios, incluso si no podemos probar que el pueblo soberano realmente exista.

*Di lo que quieras, mi autor, pero cuando registro frases como estas que acabas de escribir en mis páginas, parece que escucho el sermón de un predicador. No quisiera que tus lectores, que esperaban tus reflexiones históricas, decidan no continuar leyendo, cerrarme, tirarme a un rincón, y tal vez arrepentirse de haberme comprado y leído hasta este punto. Para evitar este riesgo, abandona el púlpito y habla, pero de un modo realista, sobre lo último que te preguntaré acerca del pueblo soberano. Ya sea un ídolo o no, afirmaste sin embargo que era un mito que había motivado a millones de personas a luchar para obtener condiciones de libertad y dignidad para el mayor número de personas posible. Aunque solo fuera por esto, ha sido no obstante real, muy real. Pero hasta ahora no has respondido la pregunta sobre "¿quién es el pueblo soberano?", que en verdad me parece bastante abstrusa.*

Entiendo que la pregunta "¿quién es el pueblo soberano?" pueda parecer abstrusa. Pero fue el tema dominante en las luchas de los diversos movimientos sociales y políticos que trataban de afirmar la soberanía del pueblo, desde el principio del siglo XIX hasta la actualidad.

Republicanos, monárquicos, liberales, demócratas, socialistas, comunistas, anarquistas, nacionalistas, marxistas, bolcheviques, populista chocaban y luchaban a menudo con virulencia, incluyendo disturbios, revoluciones, guerras civiles y hasta guerras entre Estados, para dar un cuerpo vivo al pueblo soberano. Los partidos políticos que organizaron a las masas surgieron de esta necesidad, estableciendo como objetivo la conquista del sufragio universal.

De acuerdo con sus diferentes concepciones del hombre, de la política y de la sociedad, el pueblo soberano se identificó con la burguesía terrateniente e intelectual, con las clases medias, con los campesinos, con los obreros industriales, con los trabajadores, con el proletariado, con la etnia o con la raza. O, también, con un hombre de genio: la personalización de la política y el poder en las democracias actuales tiene sus raíces, precisamente, en la cuestión fundamental de la soberanía popular, que sigue sin resolverse: ¿quién es el pueblo soberano?

Sin embargo, cuando la cuestión parecía solucionarse identificando el cuerpo del pueblo soberano con una parte del pueblo real, ya fuera una minoría o una mayoría, quienes quedaban excluidos en esa corporización, eran privados de su parte de soberanía. Con consecuencias a menudo trágicas para la población excluida.

También en este caso podríamos usar la analogía con el Dios bíblico, que pueblos, Iglesias y movimientos, a menudo violentamente hostiles entre ellos, han pretendido y pretenden realmente representar, con consecuencias igualmente trágicas para aquellos que no comparten sus creencias. Y lo mismo sucede en el Islam, como lo demuestran los trágicos acontecimientos de nuestros días.

La única solución práctica, que finalmente se conquistó tras largas y difíciles luchas libradas por todos aquellos que fueron excluidos de la corporización del pueblo soberano, fue la adopción del sufragio universal para todos los ciudadanos, sin discriminación de sexo, raza, condición social, educación o fe religiosa. Después de todo, la alocución “cuerpo electoral” parece evocar la corporización del pueblo soberano en las personas de los votantes, al menos durante la votación.

El acto de las elecciones por sufragio universal sería como la consagración de la Eucaristía: el momento en que ocurre la transubstanciación del cuerpo físico de los votantes en el cuerpo místico del pueblo soberano.

Sea como fuere, la corporización por el sufragio universal tuvo lugar solo en tiempos muy recientes, incluso en los países donde la conquista de la soberanía popular es más antigua, como Estados Unidos y Francia. En ellos, como hemos visto, muchos de los mismos promotores de la soberanía popular no estaban muy dispuestos a identificar al pueblo soberano con toda la población de ciudadanos, sin discriminación de sexo y condiciones sociales. Y en tiempos muy recientes, como ya hemos conversado, somos testigos de la profanación del pueblo soberano, cada vez menos involucrado en el ejercicio de su soberanía, y que se siente, a estas alturas, expropiado por los propios gobernantes que todavía eligen. Este es otro “oxímoron de la democracia”: la democracia declarativa, donde gobiernan los representantes de un “demos ausente”.